

ES la Danza de la Muerte de los grabados de Holbein. Lo que viene deslizando entre el público del teatro al aire libre, al son de los clarinetes y los violines de una orquesta de mariachis, es un conjunto de esqueletos gesticulantes, fantasmales y al tiempo realistas, grotescos sin duda. Son muertos que se presentan desde el escenario con chistes procaces que aluden a su defunción y con contorsiones funambulescas, rehaciendo las estampas decimonónicas de Francisco Posadas. Y con una canción coreada como en un pasacalle brechtiano, terminan por darnos su nombre: ellos son el Teatro Campesino de los chicanos, ellos son el Teatro Político de César Chávez.

Al Bosque de Chapultepec, en pleno México, ha llegado desde los Estados Unidos, como quien retorna a la tierra elegida luego de prolongado cautiverio, el teatro que los campesinos mexicanos que viven y trabajan en tierra norteamericana, los llamados "chicanos", crearon hace sólo cinco años. Y viene y se presenta ante los compatriotas legítimos como la voz de un pueblo oprimido en tierras que afirma les pertenecen y que son parte de la nación mexicana.

Si es original el espectáculo que se ofrece desde el escenario, lo es también el de la reacción del público ante el mensaje de estos extraños compatriotas que hablan un español plagado de anglicismos y de diptongos, llevan en su mayoría pasaportes norteamericanos y con su estampa física no desmintiendo la raza a que pertenecen. Luis Valdés, el director de la compañía y animador del teatro desde sus orígenes, parece un Emiliano Zapata revivido, más fornido y potente pero no menos auténtico que el jefe agrario de la revolución, a quien parece imitar con sus grandes bigotes caídos y su sombrero alado.

Contrariamente las teorías recibidas acerca de los orígenes del teatro, este conjunto nació directamente de la agitación política, habiéndose formado durante la Gran Huelga General decretada por los chicanos en 1963 bajo la conducción de César Chávez, para luchar por mejores salarios. Huelga prolongada y difícil, la primera de los chicanos y en la que muy pronto se encontraron faltos de instrumentos de difusión e incluso de mera comunicación entre los distintos grupos campesinos del este de los Estados Unidos, a los que se debía transmitir el mensaje reivindicativo y las consignas de lucha. Faltos de periódicos—poco eficaces además tratándose de un sector social mayoritariamente analfabeto—carentes de radios y espacios televisivos, carentes hasta de

## EL TEATRO DE LOS CHICANOS

una tradición de formas políticas regulares como ser los mítines, las asambleas, los sindicatos, debieron optar entre la derrota o la invención y en una jugada realmente genial, echaron mano del teatro. El Teatro Campesino nació para difundir la consigna de Huelga General y aun hoy, entre las diversas escenas que componen cualquiera de sus espectáculos, no faltan nunca las emocionantes canciones que corean todos, llamando a la huelga y pidiendo temple y energía para enfrentar las vicisitudes de la lucha sindical.

Fue un instrumento de comunicación entre los diversos sectores campesinos, alejados entre sí. A ellos no sólo se les transmitía las consignas bajo la forma de canciones sobre músicas tradicionales, sino que se les debía explicar de un modo muy simple, accesible a las mentalidades menos cultivadas, los propósitos del movimiento, las causas sociales que lo originaron, qué son las clases y cuáles sus fundamentos económicos y qué es la pluralidad. Al mismo tiempo se les enseñaba a desbaratar las aritméticas patronales, a evitar los conflictos internos, a analizar las diversas etapas de la lucha. En este aspecto el teatro chicano vino a repetir, sin buscarlo, las formas iniciales del teatro de la burguesía medieval—farsa y juegos—con sus sencillas y claridad expositiva, su manejo de elementos frecuentemente vulgares, el uso insistente de la burla y la comicidad popular directa y hasta procax, y la aplicación de la música y las canciones enriqueciendo un texto muy esquemático de po-

cas palabras para muchos gestos.

Como parcialmente en aquel caso, aunque de modo más consciente, las motivaciones no fueron de ningún modo artísticas sino estrictamente políticas. El teatro fue un instrumento de acción que se buscó lo más adaptado a las necesidades de un movimiento sindical y a la vez social, sin ningún otro tipo de preocupación que las correspondientes a promover la información y la agitación. En cierto modo un modelo de "partinost".

Pero como ocurre en esos proyectos, progresivamente se fueron descubriendo formas escénicas específicas, inventando recursos teatrales, afinando sistemas interpretativos, hasta hacer del Teatro Campesino uno de los más curiosos experimentos cumplidos en este decenio signado por la renovación de las formas escénicas. A nadie se le esconde su rudez y su esquematismo, que lo emparentan con cualesquiera formas espontáneas del teatro popular—desde la comedia plautina hasta el sainete criollo pasando por la "commedia dell'arte", que es su solución más afin—pero tampoco puede ignorarse su gracia chocarrera, el encanto de su ingenuidad y la frecuente emoción que conquista con sus directos planteos reivindicativos.

El material dramático que maneja ha sido preparado por el propio conjunto bajo la forma de pequeños episodios donde un previo cáñamo argumental es sometido a la improvisación del diálogo. Cuando se trata de episodios nacidos en el calor de la lucha sindical y por lo tanto largamente probados ante auditorios afines que sin duda deben haber contribuido a su elaboración y perfeccionamiento, el Teatro Campesino alcanza sus mejores momentos: un diálogo entre un patrón gringo y un campesino chicano, donde a cierta altura intercambian las máscaras dándose vuelta a todos los valores defendidos hasta ese momento, es de alta eficacia política y de franco humor, a la vez que sabio en la estructura teatral y en la interpretación gozosa de los "tipos". En cambio los intentos de una explicación simbólica de las relaciones entre el sexo, la propiedad de la tierra y la deformidad física, resultan presuntuosos y de inútil grosería.

Pero cuando la compañía abandona la representación realista, los actores endosan sus calaveras, enarbolan su estandarte con el esqueleto que porta la canana repleta de balas y cantan jubilosamente la hora de la huelga, hay un sacudimiento de emoción en toda la platea y se asiste al reencuentro del pueblo mexicano todo a través de esta ceremonia simple y veraz.